

OBSERVADOS POR LOS VECINOS

El señor Rui era un humilde aguatero de Brasil. También era un fiel miembro de la Iglesia Adventista. Cuando este hombre empezó a guardar el sábado, hasta tenía que pedir prestado el cántaro en el cual llevaba el agua para repartir.

Pero el señor Rui era muy puntual y cumplidor en su reparto del agua. Y era alegre y amable con todos. También era fiel en pagar su diezmo. Así que el Señor lo bendijo desde el comienzo de su trabajo. Su negocio fue progresando. Pronto un cántaro no fue suficiente para llevar toda el agua que necesitaba repartir.

El señor Rui empezó a apartar unas pocas monedas que colocaba en una pequeña alcancía puesta en el estante de la cocina. Día tras día, y semana tras semana iba añadiendo monedas a sus ahorros. No pasó mucho tiempo hasta que la alcancía estuvo llena.

Un día el señor Rui le dijo a su esposa: “Voy a comprar un asno para facilitar mi trabajo”. La esposa preguntó: “¿Tenemos dinero suficiente?”

“Sí, tenemos suficiente dinero para comprarlo”, contestó él.

Después de comprar el asno, el aguatero empezó a ahorrar monedas de nuevo. Una vez más la alcancía se llenó. Entonces compró otro asno. El negocio siguió progresando.

Un día, el señor Rui dijo a su hijo mayor: “José, necesito que me ayudes. Tú podrías hacer parte del reparto porque es demasiado para mí solo”.

José estuvo muy contento de ayudar a su padre. No pasó mucho tiempo hasta que se hizo cargo de todo el trabajo. Compró seis asnos más.

Entonces el señor Rui compró un almacén. Algunos de sus hijos trabajaban con él allí. Antes de ponerse el sol cada viernes, colocaba un cartel en la puerta; el cartel decía: “Sábado”. Entonces cerraban el almacén y la familia se preparaba para guardar el día que el Señor había bendecido. No se hacía ningún negocio, ni siquiera se hablaba de ello hasta ponerse el sol el sábado.

La gente no siempre era bondadosa con el señor Rui porque guardaba el sábado. El buen hombre siempre cerraba su negocio ese día.

Una vez llegó un misionero para pasar el fin de semana con el señor Rui y su familia. Observó cómo se preparaban para el sábado.

El viernes de mañana temprano, empezaron a preparar todas las cosas para el santo día de Dios.

La madre dijo: “María, tú y las demás niñas limpien bien la casa. José, tú y tus hermanos lustren los zapatos. Yo trabajaré en la cocina”. De esa manera la señora Rui se apresuró para tener listo todo el trabajo. Siempre preparaba alguna cosa especial para la comida del sábado. Cuando llegó la tarde, la madre llamó a los niños, y les dijo: “Guarden los diarios y las revistas y apresúrense a bañarse antes de la puesta del sol”.

Pronto había quince rostros limpios y brillantes. Entonces la madre, el padre y los niños se reunieron felices alrededor del misionero. Estaban todos preparados para empezar el sábado.

El misionero dijo: “Todavía es temprano, el sol está brillando aun. Pero podríamos cantar algunos himnos mientras esperamos”.

El señor Rui miró al sol. Sacó su reloj, miró la hora y dijo: “No pastor, es demasiado temprano, todavía debemos esperar diez minutos”.

“¿Qué quiere decir Ud.?” preguntó el misionero.

El señor Rui dijo: “Nosotros siempre cantamos a la hora exacta cada semana. Nuestros vecinos ponen sus relojes a la hora cuando nos oyen cantar porque saben que es la puesta del sol”.

¡Qué maravilloso ejemplo la vida de esta familia ante sus vecinos!

OFICIALES DESARMADOS

Un grupo de 46 policías de la zona del noreste del estado de Paraíba, Rep. del Brasil, decidió asistir a una competencia deportiva. Alquilieron un ómnibus por el día, y pronto estaban viajando por la carretera más importante del estado, hacia la ciudad de Salvador.

Antes de avanzar demasiado, el transporte disminuyó la marcha.

-Tenemos un problema -informó el conductor a los pasajeros.

Dos autos bloqueaban el camino, y lo único que podía hacer el conductor era detener el vehículo.

Inmediatamente subieron cuatro hombres, apuntando sus armas a los pasajeros. Debieron haberse sorprendido al encontrar un montón de policías, pero eso no los detuvo.

-Todos permanezcan en sus asientos -ordenaron los ladrones-

Saquen sus cámaras fotográficas, sus celulares, sus billeteras. Hagan lo que les decimos, y nadie saldrá lastimado.

Los policías no iban armados ese día, así que no podían hacer nada, fuera de entregar sus objetos valiosos.

Los ladrones revisaron el ómnibus, y tomaron todo lo que pudieron encontrar, incluyendo la ropa deportiva y las zapatillas. Luego, cargaron sus dos autos y se fueron.

¿No es irónico que 46 policías no pudieran detener a cuatro hombres e impedir que les robaran? El problema fue que los ladrones los tomaron desprevenidos: los policías tenían la guardia baja ese día, y los ladrones aprovecharon la situación.

La Biblia dice lo siguiente acerca de la segunda venida de Jesús: “En cuanto al día y la hora, nadie lo sabe, ni siquiera los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre. ¡Estén alerta! ¡Vigilen! Porque ustedes no saben cuándo llegará ese momento” Es bueno estar preparados no solo de vez en cuando, sino todo el tiempo. No seas encontrado con la guardia baja. Conéctate con Jesús todos los días.

Por Helen Lee Robinson

OLOR A ZORRINO

Estaba escuchando un programa radial acerca de autos y reparación de autos, cuando una mujer llamo con un problema. Tenía un lindo auto convertible... con el que había atropellado a un zorrino cuando iba a trabajar. Como puedes imaginarte, ¡El hedor era terrible! Era tan espantoso que sus compañeros de trabajo le pidieron que estacionara en otro lado.

La mujer hizo todo lo que pudo para deshacerse del olor. Fregó el auto por dentro y por fuera, y hasta lo hizo lavar varias veces. Pero, seis meses más tarde, el olor a zorrino todavía no se había ido. Finalmente, desesperada, llamo al programa de radio para ver si sus conductores tenían alguna solución. ¿Por qué no se iba ese olor horrible? ¿Cómo podía deshacerse de él? De acuerdo con los presentadores, el problema era que ella debía tener un trozo del zorrino pegado todavía a la parte de abajo de su auto; no se había deshecho de todo. Le sugirieron que llevara el auto a un taller con fosa, y que pidiera a los mecánicos que revisaran el auto y lo lavaran con una manguera. La única manera de deshacerse del olor era deshaciéndose del zorrino.

Eso es lo que necesitamos hacer con los pecados en nuestra vida. No podemos aferrarnos de algunos “pedacitos” y esperar que no den “mal olor”. Necesitamos deshacernos completamente de ellos. La Biblia dice: “Con respecto a la vida que antes llevaban, se les enseno que debían quitarse el ropaje de la vieja naturaleza, la cual está corrompida por los deseos engañosos; ser renovados en la actitud de su mente; y ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad”. Ni tú ni yo necesitamos vivir con el mal olor. Dios quiere darnos un nuevo yo, con su justicia y su santidad.

Narrado por: Keii Johnson

ORDENES DE DIOS

El señor Sáenz levantó la cabeza de sus libros, _¿ Qué quieres?

-Quiero algún trabajo para hacer -fue la rápida respuesta del pequeño Guillermo Torres.

-¿Qué te hace pensar que yo tengo trabajo para ti?

-Leí su anuncio en el diario.

-¡Ah! así que leíste el diario, ¿no es así? Bien, ¿llenas los requisitos que yo pido?

-No sé, señor, pensé que tal vez usted me probaría y decidiría.

-Bueno, bueno, está bien, ¿qué puedes hacer?

Guillermo titubeó un minuto. Había muchas casas buenas que él pensaba que podía hacer, pero no veía cómo podría incluirlas todas, en una sola y sabia respuesta. Por fin dijo: -Puedo hacer lo que me mande. '

-¿Puedes, en verdad? Bueno" si estás seguro de esto entonces eres un joven muy útil.

-Bueno, quiero decir, -dijo Guillermo, con sus mejillas enrojecidas- que puedo tratar de hacerlo. Me imagino que un caballero como Ud. no me pedirá hacer algo que no puedo o no debo hacer.

-Pero supongamos que te empleo y a la mañana siguiente te digo que vayas y te ruedes por la lomita que está en la parte de atrás de mi tienda 25 veces, entonces, ¿qué harías? -Bien -dijo Guillermo sin poder evitar una sonrisa -estoy seguro de que podría hacerlo y lo haría tan rápido como me fuera posible.

-Bien, supongamos que te digo que vayas a la tienda que está al lado de la mía, esperes pacientemente tu oportunidad, te apoderes del bacalao más bonito que veas, corras con él y lo pongas en el mostrador de mi negocio; ¿qué harías?

-Eso no lo podría hacer señor, -dijo Guillermo.

-¿Por qué? 'Tú me dijiste que harías todo lo que se te ordenara.

-Así es, pero he recibido órdenes diciéndome "no robarás" y ésta es una orden que debo obedecer.

-¡Ah, entonces quieres decir que mis órdenes vienen en segundo lugar!

-Sí, señor, siempre.

La voz de Guillermo era firme y pensó que el señor Sáenz no era la persona más recomendable para trabajar con él. Pero en ese preciso momento el caballero extendió su mano y dijo:

-Déjame estrechar tu mano, hijo mío. Probaremos por dos semanas, si así lo quieres. Deseo un joven que ponga las órdenes de Dios en primer término y las mías en segundo lugar.

OTROS AUXILIADORES

Li era un hombre rico que vivía en China. No sabía nada acerca de Jesús, así que adoraba a los ídolos. Un día algunos misioneros llegaron al país y le hablaron acerca de Jesús. Li abandonó sus ídolos. Llegó a amar tanto a Jesús que vendió todas sus casas y su tierra y entregó el dinero para la obra de Dios. Las personas a quienes Li había ayudado, a menudo le daban alimento y dinero para las cosas que necesitaba. Muchas veces tenía poco que comer; pero él creía que Dios, que había alimentado a Elías, lo alimentaría también a él.

Su sobrino, que vivía cerca, lo visitaba frecuentemente y le llevaba provisiones. Cuando recibía el alimento, Li agradecía a su sobrino y decía: “Es un favor de mi Padre”.

Un día el sobrino se enojó y dijo: “¿Qué quieres decir con eso del favor de tu Padre?; quisiera saberlo. El alimento es mío, y yo soy el que te lo traigo. Si no te lo trajera, no podrías vivir. Dios no tiene nada que ver con esto”.

“Oh, sí —contestó Li—. Él pone en tu mente pensamientos bondadosos para que me traigas el alimento”.

“Todo esto está muy bien —contestó el sobrino—, pero veremos lo que sucede si no te traigo alimento por un tiempo. Seguramente morirás de hambre”. Entonces cerró la puerta y se fue a su casa.

Por dos semanas completas el sobrino de Li no lo visitó. Durante ese tiempo, Li tuvo muy poco que comer. Y llegó el día cuando no le quedó nada para la siguiente comida. ¿Qué podría hacer?

Li se arrodilló y oró. Pidió a Dios que le enviara algo que comer. Mientras oraba, oyó el rumor de alas en el patio. También oyó un ruido, como si algo cayera al suelo.

Li se levantó y salió para ver qué ocurría. ¿Qué pensáis que vio? Muchos cuervos estaban volando alrededor de su casa. Uno de ellos dejó caer un pedazo de su comida a los pies de Li y siguió volando.

Inmediatamente Li inclinó la cabeza y dijo: “Es un favor de mi Padre”.

No lejos de allí había más alimento en el suelo, un gran pedazo de pan bien cocido y listo para comer. ¡Qué agradecido estaba Li mientras encendía el fuego para calentar la comida! Mientras la calentaba llegó su sobrino para visitarlo. Pero esta vez no le traía nada de comer. Se quedó muy sorprendido al ver la olla sobre el fuego. “¿Qué estás cocinando en esa olla?” preguntó.

“Estoy calentando mi almuerzo”, contestó Li. Al principio el sobrino no quiso acercarse a la olla porque no creía que hubiera alimento adentro. Finalmente la curiosidad lo venció, y cuando miró, retrocedió apresuradamente.

“¿Dónde conseguiste ese alimento?” preguntó.

“Mi Padre celestial me lo envió —fue la respuesta de Li—. Al principio Él puso en tu corazón el deseo de traerme comida. Pero cuando no lo quisiste hacer, envió a otros auxiliadores: los cuervos”.